

**reseñas**



# Los espíritus y sus mundos\*

*Hans Saettele Zuend\*\**

Se trata de un libro importante para todos los interesados en la locura y en los abordajes que de ella se han propuesto. Zenia Yébenes Escardó encontró el acceso gracias a talleres de lectura y escritura que impartió durante periodos bastante largos.

La amplitud del campo que se abre ante nosotros es inmensa: desde la psicosis paranoica y la esquizofrenia (ambas surgidas desde una posición subjetiva que es la de la estructura psicótica), pasando por la locura “común” u “ordinaria” (así ha denominado Jacques-Alain Miller a los sujetos psicóticos integrados, no sin problemas desde luego, pero integrados a la marcha de la vida normal) —o sea desde la psicosis clínica, atendida en hospital psiquiátrico, pasando por los locos de la vida cotidiana, ¿hasta dónde? Hasta la común locura, ese vastísimo campo de la fenomenología cotidiana, que incluye nuestras angustias y pretensiones en lo social. En ese sentido, el libro es una novedad, porque esa apertura del campo de la locura hacia lo cotidiano es todavía una sorpresa. No sucede por una “crítica antropológica” a cierta disciplina, sino como una transgresión de ciertas fronteras.

\* Zenia Yébenes Escardó, *Los espíritus y sus mundos. Locura y subjetividad en el México moderno y contemporáneo*, México, UAM-Iztapalapa/Cuajimalpa/Gedisa, 2014.

\*\* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Así es como, en la primera parte del libro, la autora logra formular con mucha nitidez ciertas interrogantes (retos, perspectivas) que se plantean hoy respecto a la cuestión de la esquizofrenia. Está inscrito en la historia que este término, acuñado en 1911 por Bleuler, se impuso al término “parafrenia”, preferido por Freud, quien cedió finalmente, porque el nombre ya no le parecía tan importante. En efecto, la crítica del psicoanálisis dirigida a este término sigue en pie, porque la idea de la “Spaltung”, de la división subjetiva, no es característica de una estructura subjetiva particular, la psicótica, sino del sujeto en sí. Pero lo que es más importante, es que hoy, por ejemplo en las últimas ediciones del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM), mientras que el término “esquizofrenia” es de un uso diagnóstico común en psiquiatría, el otro término, el otro lado de la misma medalla que llamamos psicosis, el de “paranoia”, tiende a desaparecer, es decir que su uso diagnóstico está reducido actualmente al adjetivo “paranoide”, un adjetivo para un tipo de trastorno de la personalidad o para un tipo de esquizofrenia.

¿Y dónde quedó la paranoia? Asistimos hoy en día a un proceso de asimilación de la paranoia, su integración al funcionamiento social: finalmente, no hay muchas “anomalías” cuando se administran psicofármacos, incluso diría que la paranoia es bien integrable a la normalidad de las actividades y de las cosas ordinarias de la vida. Que no sean las personas más afables, puede ser, pero son toleradas y muchas veces temidas. En cambio, con la esquizofrenia no es así. De hecho, la última intervención de Freud sobre el asunto fue proponer la distinción entre “representación de palabra” y “representación de cosa”. La representación de palabra son los sonidos, imágenes sonoras, es lo que escucho siempre cuando hablo, y cuando escucho a otro, a otros, cuando no estoy fijado únicamente en la intención de significar del otro. Y la “representación de cosa”, con lo cual Freud no se refiere al objeto empírico, es lo que hace dificultad. Hay escrituras que “escriben” la representación de cosa, no la representación de palabra. Estas representaciones de cosa, sin embargo, no podrían quedar reducidas a “imágenes pre-lingüísticas”, *vorsprachliche Bilder*, como decía Freud. En cambio, “es importante tomar en cuenta que también las representaciones de palabra son mediadas lingüísticamente; que

representan, reproducen, al conjunto de las experiencias subjetivas; no se puede deducir, a partir de su ‘imageneidad’ (*Bildlichkeit*) que son prelingüísticas”.<sup>1</sup> La esquizofrenia, la parafrenia, se caracteriza por un retiro del sujeto de sus imágenes, por una desaparición de lo imaginario: es una de las dos (o tal vez más) formas de psicosis que “se queda con las palabras”, mientras que la relación con los objetos se pierde. Las formaciones delirantes son intentos de restitución y toman a menudo la forma de fantasías de redención por un ente superior, o la de fantasías de salvación por un acto sacrificial del sujeto.

En cambio, en la paranoia, lo que es “forcluido” es el fundamento de lo simbólico. Pero en ambos casos, lo excluido, en la esquizofrenia lo imaginario, en la paranoia lo simbólico, vuelven en tanto delirio. Con la distinción de estas dos formas fundamentales de psicosis, tendremos las bases para entender también las formas mixtas, que efectivamente existen. Sin embargo, la pregunta decisiva es siempre, en el enfoque psicoanalítico sobre las psicosis, qué pasó en el comienzo, en la primera declaración de psicosis, respectivamente qué registro se vio afectado, perturbado o liquidado.

Frente a estas distinciones básicas, el libro plantea muchas interrogantes (desafíos, retos). Quisiera mencionar algunas:

- a) Una interrogante importante, de tal importancia que merece ser declarado “un concepto fundamental” para las ciencias sociales es la siguiente: ¿cómo varían las *formas de ponerse loco* (la fórmula es de la autora) con la inserción del sujeto en lo social? Un ejemplo contundente es el que nos proporciona (p. 30): respecto a la esquizofrenia, la comparación entre primer y tercer mundo, actualmente, permite la siguiente conclusión: mientras que la recuperación después de la crisis es relativamente rápida en pacientes del tercer mundo, “episodios agudos con recuperación rápida” (p. 31), en el primer mundo hay más pacientes hebefrénicos y autistas, o sea estados de permanencia en la no-relación con otros. De esto debemos concluir que la psicosis es siempre social.

<sup>1</sup> Peter Widmer, *Metamorphosen des Significanten*, Bielefeld, 2006, p. 145.

No sólo toma de lo social su fuerza delirante, también se conecta con la “ferocidad social”.<sup>2</sup> Y esta conexión con la ferocidad social marca las diferencias en las formas de ponerse loco.

- b) Otra interrogante es la del *conocimiento de las causas*. En este punto, la autora, citando a Jaspers, dice: “cuantas más causas son señaladas, tanto menor es el conocimiento causal producido” (p. 35). Eso es así porque la búsqueda de “algo” (un suceso, un acto de uno mismo o de otro), que podría explicar el síntoma, necesariamente omite muchos aspectos que participan en la constitución del sujeto de estructura psicótica. Efectivamente, la *causalidad psíquica* es otra cosa. Implica tomar en cuenta que un sujeto es una densa red de relaciones entre términos que permiten anudar las tres dimensiones de la existencia, lo real, lo simbólico, lo imaginario. Pero entre estos términos, el de “lo simbólico” desempeña un papel preponderante, porque su devenir, su diacronía, se perciben incluso en el transcurso de una o dos décadas. Hay una pérdida en el devenir del orden simbólico.<sup>3</sup>
- c) La siguiente interrogante que se plantea es el surgimiento, en esta obra, del concepto de “crisis de la significación” (p. 37). Efectivamente, muchos autores han observado un ir y venir entre cerrazón y apertura de la significación que hay en la psicosis. La autora sitúa ahí la categoría de “exceso” (p. 42), lo cual me parece correcto e interesante porque invita a trabajar con el concepto de lo real. Me explico brevemente: el trabajo de la significación quedándose siempre atrás respecto de lo real, genera esta especie de desesperación que llamamos “la pulsión”. Si hay crisis, es porque este impulso genera un exceso que se advierte en los significantes enigmáticos, tanto los neologismos como los significantes “mágicos” que tienen que ver con lo divino o lo sublime o su contrario, lo diabólico o la bajeza.
- d) Otra interrogante que planteo es cuando la autora nos presenta las reservas al estructuralismo desde la etnografía que formuló Maurice

<sup>2</sup> Marcel Czermak, *Patronymies*, Toulouse, 2012, p. 15; citando a Pierre Legendre.

<sup>3</sup> Un libro reciente: *El orden simbólico en el siglo XXI*, título que suena pretensioso, y el subtítulo *no es más lo que era* (Scilicet, ed. Grama, 2011).

Godelier en su libro *El enigma del don* ( p. 44), la cual critica y dice poder aceptar respecto de Lévi-Strauss, pero no respecto de Lacan. Se trata en efecto nada menos que de la discusión de la “dominancia” de lo simbólico sobre lo imaginario y sobre lo real. Aquí entran en juego las dos posibilidades que hay para pensar esta dominancia: 1. Lo simbólico es pensado como “un repertorio de las fuerzas sociales que constituyen ideológicamente a los sujetos” (p. 44). 2. Lo simbólico se genera por una *operación libre de contenido* que hace que el sujeto sea “un significante para otros, y pueda circular así en lo social” (p. 44). El concepto central es aquí la *nominación*. Empezando por el nombre propio. No se trata de significaciones, sino de significantes, tales como “no” o “siempre”. Si, como creo, estamos de acuerdo en que hay que optar por ésta, la segunda, idea de dominancia de lo simbólico, estaremos también en condiciones de modificar la idea misma de “dominancia” de lo simbólico. Esto conduce desde luego a pensar la relación entre simbólico, imaginario y real como puntos de toque, de cruzamientos, de soldaduras entre éstos.

- e) Todo el inmenso programa de exploración de campos que nos presenta este libro no se podría lograr sin la *transgresión de las fronteras disciplinarias* que la autora practica, encontrando ahí nuevas ideas (p. 56). La hipótesis de que “ciertos aspectos críticos de la sociedad contemporánea presentan afinidades con la forma en que los sujetos enloquecen” resulta ser fecunda, como veremos ahora a raíz de algunos estudios de casos.

Observaciones acerca de los tres casos. La escritura de estos tres casos nos da ejemplos interesantes de lo que puede aportarnos el enfoque construido por la autora sobre la psicosis: nos permite descubrir el recorrido que hace el sujeto, en su esfuerzo por anudar real, simbólico e imaginario; recorrido que hoy, desde el seminario de Lacan de 1975/1976, llamamos el “*sinthôme*”.

- a) *Rubén F. y la hostilidad ubícua* (pp. 369-398). “Hostilidad ubícua”: la autora observa primero el rasgo de la persecución (p. 372), y luego el de una formalidad casi grotesca en la vida cotidiana (p. 373).

En este hombre, la perspectiva del matrimonio desata una crisis de significación (p. 376). La “investidura simbólica” que confiere el matrimonio lo propulsa a la crisis. El hombre oye voces que lo insultan (p. 380). El tema de las voces es de lo más complejo, creo que hay mucho que retomar de lo que dijo Jules Séglas en *De las perturbaciones del lenguaje en los alienados* (1892), porque él nos hace ver que no todas las voces son iguales. La voz de la injuria, específicamente, surge en el lugar de la significación, donde ésta tarda en advenir, en el intersticio del discurso, es decir de la manifestación lenguajera misma. Si la injuria surge desde un vacío de significación, esto nos plantea la pregunta por el “cómo” de una tal génesis. El paciente se bautiza a sí mismo “emisario de la verdad” (p. 383). Denuncia la violencia y la tortura (p. 390 f). Su discurso se caracteriza por significantes mágicos y supersticiosos (p. 396).

- b) *Lucía L: cuerpos habitados, cuerpos deshabitados* (pp. 398-436). La paciente afirma que su problema “está en mi cerebro” (p. 400). En un pasaje al acto se arrancó el cabello con las manos y luego con una cuchilla de afeitarse, hasta hacerse heridas que eran bastante visibles (p. 400). Cosa que se revela, finalmente, ser una “vía de acceso a su propio cerebro para arreglar por sí misma los llamados por ella “conductas cerebrales” (p. 422). Se trata, como nos hace ver la autora, de la presencia del discurso de la ciencia en la configuración del delirio. Tiene una crisis “mística” y a los 32 años deja de comer, señalando que la están envenenando. El diagnóstico fue “esquizofrenia paranoide”, sus síntomas eran que no se movía, ni hablaba, ni comía, nada. El encierro en sí misma es resultado de una angustia incontenible, invasora. El delirio gira alrededor de la oposición entre el bien y el mal, entre Ángel y Lucifer (p. 411) y la angustia se fija a la posibilidad de la pérdida de lo “espiritual”: aparecen voces robotizadas, alojadas en su cerebro, la asedian y alejan la voz de Dios (p. 422). Cuando se tiene que quitar el vestido de monja, “grita como si le arrancaran la piel”, teme quedar reducida a un cuerpo sin alma, des-almado, maquinal. Se trata de una extrema fragilidad de la imagen del cuerpo, en donde la ropa soldada al cuerpo compensa una desestructuración imaginaria en constante peligro.

c) *Manuel D: capitalismo de ficción* (pp. 436-465). El diagnóstico psiquiátrico es esquizofrenia de tipo indiferenciado. Su primer brote psicótico fue una revelación, tenía que leer (imperativo absoluto, p. 446) en el cielo un mensaje que los mayas le habían dejado a él, como hijo del quinto sol. Las voces, en este caso, no surgen ni desde el insulto ni desde un automatismo mental, sino que son voces que “no se entienden bien y que hablan un idioma desconocido” (p. 446). Digamos que las voces, en Manuel, están de alguna manera circunscritas a la zona del enigma, no son ni insultantes ni persecutorias, sólo son indescifrables. El magistral párrafo sobre el “objeto” nos habla de un sujeto sometido al consumo, que pone la posesión del objeto precioso (gadgets, agalma) en el centro de sus metas (p. 447), proceso en el cual él mismo se transforma en este objeto, siempre amenazado por la caída. Después del primer brote psicótico, la sexualidad se convirtió en “una fuente de ansiedad” (p. 455). Hace la experiencia de ver el cuerpo de la mujer, después del acto sexual, como algo “sin espíritu”, es decir muerto. La crisis de significación, en este caso desencadenada por lo real del sexo, lleva directamente a lo siniestro, a la muerte.

Lacan dijo, respecto a las estructuras clínicas, que en la neurosis, la relación al Otro (simbólico) tiene toda su importancia; que en la perversión, la relación al falo tiene toda su importancia; y que en la psicosis, la relación al cuerpo (propio) tiene toda su importancia. La relación al cuerpo en la psicosis tiene “toda su importancia”, efectivamente, en la medida en que la división subjetiva se manifiesta como separación entre el sujeto y el cuerpo. El campo del temor, de la culpabilidad y del odio se despliega en esta separación.

A la luz del camino trazado en este libro, me parece que sería interesante preguntar por la relación entre la radicalidad totalitaria de la relación con el Otro en la psicosis y la sustitución del pacto por el contrato social que podemos observar en la actualidad, así como la inversión perversa del par pacto/contrato, respectivamente la imposición del pacto perverso.

